

---

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ARMANDO PALACIO VALDÉS

---

# EL CUARTO PODER



BUENOS AIRES

1913

---

El autor de esta obra ha autorizado a LA NACIÓN para editarla y venderla solamente en las Repúblicas Argentina y Uruguay. Esta edición no puede circular fuera de las dos Repúblicas mencionadas.

---

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

---

## ÍNDICE

- I.—Se levanta el telón, por esta vez sin metáfora
- II.—Del feliz arribo de la «Bella-Paula»

- III.—En que la pareja enamorada comienza a pensar en el nido
- IV.—Cómo los particulares de Sarrió se congregaban en un recintonombrado el «Saloncillo», y lo que allí se platicaba
- V.—¡¡¡Ladrones!!!
- VI.—Que trata del equipo de Cecilia
- VII.—Que trata de dos traidores
- VIII.—De la reunión que los próceres de Sarrió celebraron en el teatrocon asistencia del cuarto estado
- IX.—Historia de una lágrima
- X.—De la gloriosa aparición de «El Faro de Sarrió» en el estadio de laprensa.—Primeros fuegos de la batalla del pensamiento
- XI.—Que Gonzalo se casó.—Graves revueltas entre los socios del«Saloncillo»
- XII.—Cómo se divertía Pablito
- XIII.—En que se descubren algunos secretos de la vida de Gonzalo
- XIV.—De los galicismos que cometía «El Faro de Sarrió» y otros asuntosno menos interesantes.—Primeras bajas de la batalla del pensamiento
- XV.—De la entrada famosa que hizo en Sarrió el duque de Tornos, conde de Buenavista
- XVI.—De lo mucho y bueno que hizo el duque de Tornos en Sarrió
- XVII.—Que Gonzalo toma una gravo resolución y Cecilia otra
- XVIII.—Donde tira doña Brígida de la manta
- XIX.—En que da fin la presente historia con algunos notables, cuantotristes sucesos

## CAPITULO PRIMERO

se levanta el telón, por esta vez sin metáfora

En Sarrió, villa famosa, bañada por el mar Cantábrico, existía hace algunos años un teatro no limpio, no claro, no cómodo, pero que servía cumplidamente para solazar en las largas noches de invierno a sus pacíficos e industriosos moradores. Estaba construido, como casi todos, en forma de herradura. Constaba de dos pisos a más del bajo. En el primero los palcos, así llamados Dios sabe por qué, pues no eran otra cosa que unos bancos rellenos de pelote y forrados de franela encarnada colocados en torno del antepecho. Para sentarse en ellos era forzoso empujar el respaldo, que tenía bisagras de trecho en trecho, y levantar al propio tiempo el asiento. Una vez dentro se dejaba caer otra vez el asiento, se volvía el respaldo a su sitio y se acomodaba la persona del peor modo que puede estar criatura humana fuera del potro de tormento. En el segundo piso bullía, gritaba, coceaba y relinchaba toda la chusma del pueblo sin diferencia de clases, lo mismo el marinero de altura que el que pescaba muergos en la bahía o el peón de descarga; la seña Amalia la revendedora igual que las que acarreaban «el fresco» a la capital. Llamábase a aquel recinto «la cazuela». Las butacas eran del mismo aborrecible pelote que los palcos y el forro debió ser también del mismo color, aunque no podía saberse con certeza. Detrás de ellas había, a la antigua usanza, un patio para ciertos menestrales que, por su edad, su categoría de maestros u otra circunstancia cualquiera, repugnaban subir a la cazuela y juntarse

a la turba alborotadora. Del techo pendía una araña, cuajada de pedacitos de vidrio en forma prismática, con luces de aceite. Más adelante se substituyó éste con petróleo, pero yo no alcancé a ver tal reforma. Debajo de la escalera que conducía a los palcos había un nicho cerrado con persiana que llamaban «el palco de don Mateo». De este don Mateo ya hablaremos más adelante.

Pues ha de saberse que en tal lacería de teatro se representaban los mismos dramas y comedias que en el del Príncipe y se cantaban las óperas que en la Scala de Milán. ¿Parece mentira, eh? Pues nada más cierto. Allí ha oído por vez primera el narrador de esta historia aquellas famosas coplas:

*Si oyes contar de un naufrago la historia,  
Ya que en la tierra hasta el amor se  
olvida...*

Por cierto que le parecían excelentes, y el teatro una maravilla de lujo y de buen gusto. Todo en el mundo depende de la imaginación. Ojalá tuviese tan viva y tan fresca como entonces para entretenerles a usted desagradablemente algunas horas. También ha visto el *Don Juan Tenorio*. Y sus difuntos untados de harina de trigo, su comendador filtrándose por una puerta atada con cuerdas, su infierno de espíritu de vino y su apoteosis de papel de forro de baúles, le impresionaron de tal modo que aquella noche no pudo dormir.

En la sala pasaba, poco más o menos, lo mismo que en los más suntuosos teatros de la Corte. No obstante, por regla general se atendía más al espectáculo que en éstos. Aun no habíamos llegado a ese grado superior de perfeccionamiento, mediante el cual las acciones deben formar grato contraste con el lugar donde se ejecutan; verbi-gracia, charlar en los teatros, reírse en las

iglesias, ir graves, y silenciosos, y patéticos en el paseo, como sucede, afortunadamente, en Madrid. Ignoro si en Sarrió han subido ya a la hora presente este peldaño de la civilización.

Ni se crea que faltaban por eso algunos espíritus lúcidos que se adelantaban a su época y presentían lo que había de ser el teatro andando el tiempo. Pablito Belinchón era uno de ellos. Tenía abonado siempre, en compañía de otros tres o cuatro amigos, el palco de proscenio. Desde allí dirigía la palabra a otros señores de más edad, abonados en el palco de enfrente: se decían cuchufletas, se burlaban de la tiple o del bajo, y se tiraban caramelos y saetas de papel. Por cierto que el público de las butacas, ajeno todavía a estos refinamientos de la civilización, solía hacerles callar bárbaramente con un enérgico chicheo. Las familias más importantes acostumbraban a entrar en aquellos palcos fementidos después de abierto el telón, con la misma solemnidad que si penetrasen en una platea del teatro Real, y por de contado con mucho más ruido. No es posible figurarse bien el horror notraquido que daba aquel respaldo al ser empujado y aquel asiento al dejarlo caer con ánimo de llamar la atención.

Dígalo si no la familia que en este momento hace su entrada triunfal en uno de ellos y permanece en pie despojándose de los abrigos, mientras los espectadores divierten por un instante la vista de la escena y la fijan en ellos, hasta que se sientan. Son los señores de Belinchón. El jefe de la familia, don Rosendo, es un caballero alto, enjuto, doblado por el espinazo, calvo por la coronilla, de ojos pequeños y hundidos, boca grande, que se contraía con sonrisa mefistofélica, dejando ver dos filas de dientes largos e iguales, la obra más acabada de cierto dentista establecido hacía pocos meses en Sarrió. Gasta patillas cortas y

bigote, y representa unos sesenta años de edad. Está reputado por el primer comerciante de la villa y uno de los primeros importadores de bacalao de la costa cantábrica. Durante muchos años monopolizó enteramente la venta por mayor de este artículo, no sólo en la villa, sino en toda la provincia, y gracias a ello había granjeado una fortuna considerable. Su esposa, doña Paula... ¿Pero por qué se despierta tal y tan prolongado rumor en el teatro a su aparición? La buena señora, al escucharlo, queda temblorosa y confusa, no acierta a desembarazarse del abrigo, y su hija Cecilia se ve obligada a quitárselo y a decirle algo:— ¡Siéntate, mamá! Se sienta, o por mejor decir, se deja caer sobre el banco y pasea una mirada extraviada por el público, mientras sus mejillas se tiñen de vivo carmín. En vano se abanica con brío y procura serenarse. Nada: cuantos más esfuerzos hace por alejar la sangre tumultuosa del rostro, más empeño pone la maldita en ocupar aquel lugar visible.

—¡Mamá, qué colorada estás!—le dice Venturita, su hija menor, pugnando para no reír.

La madre la mira con expresión de angustia.

—Calla, Ventura, calla.—dice Cecilia.

Doña Paula, animada con estas palabras, murmura:

—Esta chiquilla no goza sino en avergonzarme.

Y estuvo a punto de enternecerse y llorar.

Al fin, el público se cansó de atormentarla con sus miradas, sonrisas y murmullos, y fijó de nuevo su atención en la escena. La congoja de doña Paula fué cesando poco a poco; pero quedaron restos de ella por toda la noche.

La causa de aquel incidente era el abrigo de terciopelo guarnecido de pieles que la buena señora se había puesto. Siempre que estrenaba alguna prenda de apariencia brillante, sucedía lo mismo. Y esto no por otra cosa más que porque doña Paula no era señora de nacimiento. Procedía de la clase de cigarreras. Don Rosendo había tenido amores con ella siendo casi una niña, de los cuales nació Pablito. Así y todo, don Rosendo estuvo cinco o seis años sin casarse ni querer oír hablar de matrimonio; pero visitándola en su casa y asistiéndola con dinero. Hasta que al fin, vencido más por el amor del hijo que el de la madre, y, más que por todo esto, por las amonestaciones de sus amigos, se decidió a entregarse a Paulina. La población no supo del matrimonio hasta después de efectuado: tal sigilo se guardó para llevarlo a cabo. Desde entonces la vida de la cigarrera puede dividirse en varias épocas importantes. La primera, que dura un año, comprende desde el matrimonio hasta la «mantilla de velo». Durante este tiempo, la señora de Belinchón no se mostró poco ni mucho en público. Los domingos iba a misa de alba y se encerraba otra vez en casa. Cuando se decidió a ponerse la antedicha mantilla e ir a misa de once, lo mismo en la iglesia que en las calles del tránsito, la acibillaron a miradas, y se habló del suceso por más de ocho días. El segundo período, que dura tres años, comprende desde «la mantilla de velo» hasta «los guantes». La vista de tal ornamento en las manos grandes y coloradas de la ex cigarrera produjo una excitación indescriptible en el elemento femenino del vecindario. En las calles, en la iglesia, en las visitas, las señoras se saludaban preguntando:—¿Ha visto usted?...—Sí, sí, ya he visto.—Y comenzaba el desuello. Viene después el tercer período, que dura cuatro años, y termina en «el vestido de seda», que dió casi tanto que murmurar como los guantes, y produjo

general indignación en Sarrió.—Diga usted, doña Dolores, ¿quénos queda ya que ver?—Doña Dolores bajaba los ojos haciendo un gesto de resignación. Por último, el cuarto período, el más largo de todos por que duró seis años, termina, ¡oh escándalo! «con el sombrero». Nadie puede representarse el estremecimiento de asombro que invadió a la villa de Sarrió cuando cierta tarde de feria se presentó doña Paula en el paseo con sombrero-capota. Fué un verdadero motín. Las mujeres del pueblo se santiguaban al verla pasar y pronunciaban comentarios en alta voz para que los oyese la interesada.

—¡Mujer, mira por tu vida a la Serena qué gabarra lleva sobre la cabeza!

Porque hay que advertir que a la madre de doña Paula la llamaban la Serena, y a la abuela y a la bisabuela también.

Excusado es añadir que desde que la cigarrera subió a la categoría de señora, ni por casualidad la dieron ya su nombre propio.

Al día siguiente, al tropezarse las señoras de Sarrió en la calle, no encontrando palabras con que expresar su horror, se daban por contentas con elevar los ojos al cielo, agitar los brazos convulsivamente y pasar de largo murmurando: «¡¡¡Sombrero!!!»

Ante aquel golpe de audacia que no tiene pareja sino con los de algunos héroes de la antigüedad, Aníbal, César, Gengis-Khan, la villa quedó muda y abatida algunos meses. No obstante, cada vez que la buena de doña Paula aparecía en público con el abominable sombrero en la cabeza o con cualquier otra prenda propia de su alta jerarquía, era saludada siempre con un murmullo de reprobación. Y lo original del caso estaba en

que ella no protestaba ni en público ni en secreto, ni aun en lo sagrado de la conciencia, contra este proceder malévolo de su pueblo natal. Juzgábalo natural y lógico. No se le ocurría pensar que pudiera ser de otro modo. Sus ideas sociológicas no le aconsejaban todavía rebelarse contra el fallo de la opinión pública. Creía de buena fe que al ponerse los guantes o el abrigo de pieles o el sombrero, cometía un acto reprobado por las leyes divinas y humanas. Los murmullos, las miradas burlonas, eran el castigo necesario de esta infracción. De aquí sus temores y congojas cada vez que iba a presentarse en el teatro o en el paseo, y el rubor que la acometía.

¿Por qué entonces, se dirá, doña Paula se vestía de este modo? No serán muy concededores del corazón humano los que tal pregunten. Doña Paula se ponía el sombrero y los guantes a sabiendas de que iba a pasar un maltrato, como un chico abre el aparador y se atraca de dulce a sabiendas de que en seguida le han de azotar. Los que no se hayan criado en un pueblo, nunca sabrán cuán apetitosa golosina es el sombrero para una artesana.

Era doña Paula alta, seca, desgarbada. Cuando joven había sido buena moza; pero los años, la clausura continua, a la que no estaba a vezada, y sobre todo la lucha que venía sosteniendo con el público para establecer su jerarquía, la habían marchitado antes de tiempo. Todavía conservaba hermosos ojos negros encajados en un rostro de correctas y agradables facciones.

El acto primero tocaba a su fin. Se representaba un melodrama fantástico, cuyo nombre no recordamos, donde la compañía había desplegado todo el aparato escénico de que podía disponer. La cazuela estaba asombrada, y acogía cada cambio de decoración con estrepitosos aplausos. Pablito Belinchón, que había pasado en Madrid un mes el año anterior,

se reía con incontestable superioridad de aquel aparato; hacíaguños inteligentes a los del proscenio de enfrente. Y para demostrarque todo aquello le aburría, concluyó por volverse de espaldas alescenario y mirar con los gemelos a las bellezas locales. Cada vez que los preciosos anteojos de piel de Rusia apuntaban a una, la muchacha sufría un leve estremecimiento: cambiaba de postura, llevaba la mano un poco trémula al pelo para arreglarlo, sonreía a su mamá o a su hermana sin razón alguna, se ponía seria de nuevo, y fijaba con insistencia y decisión sus ojos en la escena. Pero al instante los levantaba rápida y tímidamente hacia aquellos redondos y brillantes cristales que la ofuscaban. Al fin concluía por ruborizarse. Pablito, satisfecho, apuntaba a otra belleza. Las conocía como si fuesen sus hermanas, tuteaba a la mayor parte de ellas y de muchas había sido novio: pero la pluma en el aire no era más movible y tornadiza que él en materia de amores. Todas habían tenido que sufrir algún doloroso desengaño. Últimamente, hastiado de enamorar a sus convecinas, se había dedicado a fascinar a cuantas forasteras llegaban a Sarrió, para abandonarlas, por supuesto, si cometían la torpeza de permanecer en la villa más de un mes o dos.

Había razones poderosas para que Pablito pudiese disponer a su voluntad del corazón de todas las jóvenes indígenas y aun de las extrañas. Era un apuestísimo mancebo de veinticuatro o veinticinco años, de rostro hermoso y varonil, de figura gallarda y elegante. Montaba a caballo admirablemente y guiaba un tálburi o un carruaje de cuatro caballos, lo cual nadie sabía hacer en Sarrió más que los cocheros. Cuando se llevaban los pantalones anchos, los de Pablito parecían sayas; si estrechos, era una cigüeña. Venía la moda de los cuellos altos, nuestro Pablito

## Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

